

HUESCA: UNA HISTORIA QUE NO CESA

Es más difícil huir del mundo que de las condiciones impuestas por la época en la que toca vivir. Por duro que haya sido el retiro absoluto, la *fuga mundi*, el hombre religioso occidental ha tenido que enfrentarse con más obstáculos para mantenerse al margen de los tiempos, algo que solo parecen haber conseguido algunas comunidades de menonitas americanas que hoy se resisten a la tecnología con la misma determinación con la que sus antecesores huyeron de las persecuciones en el centro y el norte de Europa. Las carmelitas calzadas fundaron en Huesca el convento de la Encarnación en 1622 con la finalidad de llevar una vida de austeridad, encaminada a la perfección espiritual, aisladas del mundo. Este año las *Miguelas* —su nombre popular, derivado de la iglesia junto a la que se instalaron definitivamente en 1634— han celebrado sus primeros cuatrocientos años con la satisfacción de haber cumplido la tarea. Por este motivo han organizado diferentes actividades, entre ellas un ciclo de conferencias, algunas de las cuales nutren la “Sección temática” de este número de *Argensola*, que lleva por título “En homenaje al IV centenario de las Miguelas en Huesca”, porque, aunque su clausura las ha separado del mundo, ellas siempre han estado a la altura de las circunstancias en cada etapa histórica y nunca han dado la espalda a la ciudad.

Como expone la archivera municipal María Jesús Torreblanca Gaspar, las mujeres en el siglo XVII estaban obligadas a tomar estado —casarse o entrar en religión—, dado que a la mayoría les resultaba imposible mantenerse por sí mismas. Los claustros femeninos de la época no eran solo establecimientos religiosos: respondían también a una necesidad social, algo de lo que eran perfectamente sabedores los poderes públicos. Torreblanca hace un puntual recorrido por la historia del cenobio oscense para destacar el decisivo papel del concejo a lo largo de toda su trayectoria y el interés

mostrado después de la Guerra Civil en el mantenimiento y la restauración de sus edificios —sobre todo de la iglesia—, así como del área circundante, para convertir el conjunto en el elemento visual clave de la entrada a Huesca por el norte. A continuación, Jesús Ramón Tejada Villaverde expone el diseño de ese entorno y el proyecto de restauración de la iglesia que él mismo propuso y desarrolló como arquitecto municipal entre 1980 y 1983, después de ganar la oposición, precisamente, con un ejercicio sobre el primer diseño. La acción más significativa de todas las realizadas entonces fue, sin duda, la recuperación de la armadura de madera de la iglesia, un cerramiento que era visible en la zona del coro alto, circunstancia que animó a eliminar las falsas bóvedas que lo ocultaban en la parte de la nave, añadidas cuando se instalaron las monjas. Con la perspectiva que solo da el tiempo, Tejada no duda en valorar esas intervenciones y señalar las actuaciones que son ahora necesarias para mantener la iglesia y el convento de las carmelitas como referente de la imagen urbana de Huesca. Finalmente, la actual priora, sor M.^a Blanca de la Eucaristía Barril, y Elena Carreño Vicente, licenciada en Bellas Artes y diseñadora de interiores, enumeran de manera detallada —por escrito y en el plano del convento— los cambios y las adecuaciones a que se ha sometido el edificio conventual desde mediados del siglo XIX hasta hoy. Entre las obras más importantes figuran las que han saneado y aumentado la luz natural en el conjunto; las que han proporcionado alojamiento, en diferentes momentos, a la exclaustrada comunidad de carmelitas de Sariñena, al confesor, al capellán, a los mandaderos y a los familiares de las religiosas; las que han permitido disponer de una zona de retiro vocacional para jóvenes, y las que han proporcionado acceso a servicios básicos, agua corriente y electricidad, así como las que han modificado ciertas instalaciones para adaptarlas a una comunidad envejecida. Todo ello lo expone la responsable de esta comunidad como homenaje a sus antecesoras en la tarea de permanecer fieles al espíritu carmelita mientras se adaptan a los cambios exigidos por el paso del tiempo.

El “Boletín de noticias” cuenta con dos aportaciones. En el primer artículo estudio algunos aspectos que quedaron pendientes cuando me ocupé del convento de la Encarnación en mi tesis doctoral, presentada en el Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza hace más de veinticinco años. Trato de verificar ahora la hipótesis sobre la identidad de Juan Garay, marido de la fundadora, Ana Santapáu, efectivamente el maestro en Artes de la Escuela de Gramática que dio continuidad a la historia de la ciudad terminada por Aínsa y publicada en 1619; evidenciar la situación personal de Ana y de sus bienes cuando quedó viuda, y también razonar la carencia de

claustro tanto en el edificio provisional como, sobre todo, en el definitivo, seguramente porque se trató de privilegiar el carisma eremítico de la orden. Por otro lado, Pablo Martín-Ramos, José Antonio Cuchí Oterino y Blas Matas Serrano facilitan los datos que arroja la técnica pXRF sobre un cuadro de san Jerónimo del Museo Diocesano de Huesca. Aunque el tipo de análisis no es concluyente acerca de la naturaleza de los pigmentos utilizados, sí hace evidente la presencia de bermellón en los rojos más brillantes, de albayalde en los blancos y las carnaciones, de oxihidróxidos de hierro en los marrones y de negro de hueso en las tonalidades oscuras, todos ellos pigmentos que son compatibles con la cronología atribuida a la obra, el siglo XVI o, más probablemente, el XVII.

En la “Sección abierta” se agrupan estudios diversos sobre Huesca y el Alto Aragón. José Ramón Goicolea Altuna se refiere en su artículo a la colección epigráfica de carácter funerario del claustro de la catedral de Roda de Isábena, y en especial a la inscripción relativa a doña Sebilía de Lográn, nacida *de Aguilanido*. Sebilía, como deduce el autor, fue la esposa de Juan de Lográn, con quien compartió la disputada tenencia del castillo de Graus, que fue obtenida en 1261 por concesión del monasterio de San Victorián y que no perdió cuando murió su marido, en 1277, como prueba que se quejara entonces del retraso de los grausinos en el pago de tributos. La inscripción del claustro rotense proporciona la fecha de su fallecimiento, el 8 de marzo de 1280. Manuel Gómez de Valenzuela presenta una ola de violencia desconocida hasta ahora que tuvo lugar a mediados del siglo XV. De 1452 a 1456 diferentes grupos, en nombre de Lope de Gurrea, señor de Argavieso, asolaron pueblos vasallos del monasterio de Montearagón, robaron animales e hirieron, secuestraron y mataron personas, como consta en la denuncia interpuesta por las autoridades del citado monasterio. No se sabe la causa de esas banderías, pero, como apunta el autor, quizás estén relacionadas con el enfrentamiento secular entre Gurreas y Urrieses, ya que de 1446 a 1461 rigió el citado monasterio Carlos de Urriés. Por otro lado, ciertas diferencias en materia religiosa que se tradujeron en rivalidades personales parecen estar en la base del programa iconográfico desarrollado por el canónigo e inquisidor Tomás Fort en su retablo de la capilla funeraria de la Epifanía de la catedral de Huesca. En él, como explico en el análisis correspondiente, el canónigo Fort, de la mano del escultor Juan de Rigalte, se opuso punto por punto, y con la autoridad que daba entonces la ortodoxia, a lo expuesto más de cuarenta años antes por el también canónigo —pero de origen converso— Martín de Santángel en el retablo de santa Ana. El retablo de Fort posiciona a los cristianos

viejos, que se muestran como los mayores defensores de Cristo y los preferidos por él, por encima de los nuevos.

A continuación, José Antonio Cuchí Oterino, Juan José Generelo Lanaspá, José Ignacio Canudo Sanagustín y Ana Ortas del Río analizan diversos aspectos relacionados con la producción de hierro en Bielsa en el último tercio del siglo XVIII, después de que la Audiencia de Aragón declarara que el municipio era dueño de los montes, pero no de las minas existentes en su demarcación territorial. No parece que al devenir cotidiano le afectara esta cuestión fundamental de la propiedad, sino la gestión en concreto de la fragua (*farga*) de Salinas —reconstruida en 1763— llevada a cabo por el ciudadano francés Agustín Conte. La Audiencia ordenó al concejo de Bielsa que cancelara el correspondiente arrendamiento en el entendido de que Conte no utilizaba en las instalaciones mano de obra local, exportaba mucho mineral a Francia y, sobre todo —como aseguraba el arrendador de la farga de San Juan de Plan, Francisco Serrat, con el que entró en conflicto por la explotación de la mina de Barleto—, trataba de monopolizar la producción de hierro en los partidos de Huesca, Barbastro, Jaca y Benabarre para poder subir los precios. La vida tradicional en muchas localidades altoaragonesas comenzó a cambiar de manera significativa tras la incorporación de las novedades técnicas desarrolladas en el siglo XIX. Como explica Lucía Puey, a pesar de ser tiempos especialmente difíciles para la Iglesia, el Seminario Conciliar de Huesca fue dotado en el curso 1857-1858 de un Gabinete de Física con la finalidad de que sus alumnos fueran instruidos en teorías y materias claves para lograr la comprensión y la aplicación de tres inventos esenciales: el ferrocarril, el telégrafo y la electricidad. Integraba ese gabinete una colección compuesta por medio centenar de instrumentos importados de Francia, entre ellos unos espejos conjugados, una máquina eléctrica de Ramsden, una máquina de Atwood, una máquina de vapor de doble efecto de Watt y un telégrafo eléctrico de Breguet. Todos ellos han sido cedidos por el obispo de Huesca a la nueva Casa Museo Saturnino López Novoa, inaugurada el 26 de noviembre de 2021 en recuerdo del canónigo que gestionó el regreso de la colección mencionada al seminario después de su breve paso por el Instituto de Segunda Enseñanza.

Por lo que hace al siglo XX, Santiago Arroyo Serrano analiza la gestión del político liberal Francisco Martínez Ramírez (1870-1949) como gobernador civil de la provincia de Huesca durante la Segunda República, de agosto de 1932 a febrero de 1933. Arroyo utiliza para ello un fondo documental donado recientemente al Archivo Histórico Provincial de Huesca, donde, junto a algunas cartas y otros documentos

personales, figura un memorial del gobernador con su impresión más auténtica sobre la provincia, la cual —señala— “desde la capital hasta el último poblado y en todo su campo, es de pobreza, de miseria, de mezquindad, de pequeñez espiritual”. Campos mal trabajados, poblaciones sucias y tristes, carreteras “sin orden ni concierto, hijas del caciquismo”, y semilleros de anarquismo: observaciones llenas de pesadumbre que nunca hará públicas y que van ligadas a una situación económica para la que solo el proyectado canal de Monegros representa en su opinión una esperanza cierta.

Las páginas de este número de *Argensola*, como las de todos, encierran el esfuerzo de muchos investigadores y pretenden recuperar algo de nuestro pasado para conocernos mejor y para valorar más, como hacen hoy las religiosas de la Encarnación, a quienes nos han precedido en esta andadura integrada por tantos pasos y tantas historias.

M.^a Celia Fontana Calvo
Directora de la revista *Argensola*